

Sr. Pbro. Aguilar D. Marcelo R.
 " " Aguirre D. Rafael
 " " Amezcua D. Maximiano
 " " Acosta D. Bartolomé
 " " Arroyo D. Tiburcio
 " " Anaya D. José M.
 " " Cervantes D. Eusebio
 " " Cosío D. Perfecto
 " " Carmona D. Hipólito
 " " Chavez D. Felipe
 " " Díaz D. Eleuterio
 " " Elizondo D. Gorgonio
 " " Elizondo D. Narciso
 " " Espinosa D. Romualdo
 " " Flores D. Gumesindo
 " " Flores D. Andres
 " " Flores D. Ramón
 " " Fernández D. Miguel H.
 " " Franco D. Antonio
 " " Guardado D. Tomás
 " " González D. Francisco S.
 " " Garibay D. Guadalupe
 " " García D. Ignacio
 " " Hueso D. Jesús
 " " Hernández D. Filiberto
 " " Islas D. Asensión
 " " Jauregui D. Lauro
 " " López D. Timoteo
 " " Leal D. Serapio M.
 " " Lozano D. Tiburcio
 " " Luna D. Arcadio
 " " Lomelí D. Juan
 " " López D. Pascual
 " " Llamas D. Jesús L.
 " " Maldonado D. Estéban
 " " Maldonado D. Sebastian
 " " Morales D. Hilario T.
 " " Martín del Campo D. Timoteo
 " " Martín del Campo D. Rafael
 " " Morfin D. Enrique
 " " Martínez D. Pablo
 " " Macías D. Estéban
 " " Macías D. Maximiano
 " " Martínez D. Agapito
 " " Magdaleno D. Benito
 " " Munguía D. Juan
 " " Núñez D. Jesús
 " " Ortega D. Miguel
 " " Orozco D. Francisco
 " " Placencia D. Ignacio

Sr. Pbro. Peña D. Luis
 " " Padilla D. Vicente
 " " Quezada D. Jesús
 " " Rodríguez D. Abraham
 " " Ramírez D. Ireneo
 " " Ramírez D. Francisco
 " " Reyes D. Delfino
 " " Rodríguez D. Demetrio
 " " Rodríguez D. Atanacio
 " " Ruiz D. Luis
 " " Rubio D. Jorge
 " " Rubalcaba D. Jacobo
 " " Ramirez D. Antonio
 " " Salcedo D. José M.
 " " Sandoval D. Rafael
 " " Santana D. Marcos
 " " Sanchez D. Pudenciano
 " " Tavares D. Luis G.
 " " Torres D. Guadalupe
 " " Trujillo D. Juan
 " " Vasquez D. Bruno
 " " Vasquez D. Feliciano
 " " Varela D. Benito
 " " Velasco D. Marcelino
 " " Velasco D. David R.
 " " Villaseñor D. Juan
 " " Villagrana D. Teófilo
 " " Vargas D. Agustín
 " " Zermeno D. Ignacio
 Señores Subdiaconos
 Sr. Sub. García D. José Isabel
 " " Martínez D. Jesús
 Señores Menoristas.
 Sr. Alba D. Manuel de
 " Alcalá D. Francisco
 " Camberos D. Simón
 " Gómez Romero D. Daniel
 " Guzmán D. José M.
 " González D. Evaristo
 " González D. Antonino
 " Gutierrez D. Brígido I.
 " Larios D. Andrés
 " Martín del Campo D. Gerónimo
 " Pérez D. Secundino
 " Rubalcava D. Reynaldo
 " Real D. Francisco del
 " Vasquez D. Albino
 " Villaseñor D. José de I.
 " Villanueva D. Martín
 " Vargas D. Eustolio
 " Ordenando, Castellanos D. Ramón

COLECCIÓN

DE DOCUMENTOS



ECLESIÁSTICOS.

Ant. Imp. de N. Parga.—D. Juan Manuel R.

RESP. JESUS BERRUECO.

TOM. VII.

GUADALAJARA, NOVIEMBRE 22 DE 1894.

NUM. 70

Sección I.

Carta Enciclica DE N. S. P. LEON XIII.

SOBRE EL ROSARIO.

Venerables Hermanos: Salud y Bendición Apostólica.

No saludamos siempre con júbilo y con un sentimiento de las más grandes esperanzas la vuelta del mes de Octubre, desde que, conforme á nuestros consejos, se ha dedicado ese mes en todas partes á la Santísima Virgen.

Desde hace muchos años es verdaderamente hermoso y vivo el florecimiento de obras de piedad con que se adorna en todas las naciones católicas la devoción del Santo Rosario.

Muchas veces hemos declarado las razones por las que Nos hemos consagrado dicho mes á la devoción del Santo Rosario; las tristes circunstancias en que se encuentran la Iglesia y la sociedad, reclamaban un auxilio divino particular y

de cada instante, y Nos hemos creído que era preciso pedirlo á Dios por intercesión de su divina Madre y obtenerlo por la práctica de una oración y de una devoción cuya soberana virtud ha experimentado siempre el pueblo cristiano desde el origen mismo del Rosario, ya defendiese el honor de su fé contra los furiosos ataques de la herejía, ó sea que quisiese levantar alrededor de esta misma fé su cortejo de virtudes conmovidas y debilitadas por la corrupción del siglo. Y más adelante el pueblo cristiano no ha cesado un instante de comprobar esta feliz experiencia, por una jamás interrumpida serie de beneficios públicos ó privados, cuyo recuerdo permanece en gran número de institutos y monumentos. Y en nuestros días, en esta época en que se sufren tantos males, Nos experimentamos la satisfacción de contemplar también la hermosa cosecha de frutos de salud que esta devoción proporciona.

No obstante esto, examinando lo que pasa en derredor de vosotros, Venerables Hermanos, podéis juzgar por vosotros mismos que las causas de nuestros males subsisten todavía, y que algunas se han hecho más terribles. Por esta razón, es preciso en el presente año excitar más aún con todo el ardor de nuestras exhortaciones á los rebaños que os están confiados para que oren con fervor á la Reina de los Cielos.

Mientras más meditamos en su natu-

pues tu voz es dulce! Y por esto repetimos con tanta frecuencia sus títulos más gloriosos para obtenerlo todo. En ella saludamos á la que ha encontrado gracia á los ojos de Dios, *gratiam apud Deum invenit* y especialmente á la que *ha sido llena de gracia*, para que la superabundancia de esta gracia se derrame sobre nosotros; á aquella con quien está el Señor más íntimamente unido que con ninguna otra criatura; á la *bendita entre todas las mujeres, in mulieribus benedictam*; á la que *borró el anatema y trajo la bendición* (1), aquel fruto dichoso de su vientre, en quien *fueron benditas todas las naciones de la tierra*. La invocamos, por último, como á *Madre de Dios* y amparada con esta sublime dignidad, ¿que no podrá alcanzar ella para nosotros, *pobres pecadores*, y qué no podemos esperar nosotros de sus ruegos en todas las circunstancias de nuestra vida y en la lucha suprema de la agonía?

Es imposible que el cristiano que con fé se aplique al rezo de estas oraciones y á la meditación de estos altísimos misterios, no acabe por admirarse profundamente, contemplando los designios de Dios realizados en la Santísima Virgen para la salvación de todos los pueblos; y que una vez convencido de la verdad de estas cosas, deje de entregarse confiado en sus brazos protectores, repitiendo las palabras de San Bernardo:

“Acordaos, ó piadosísima Virgen María, que jamás se oyó decir que ninguno de cuantos han acudido á vuestra protección, implorado vuestros auxilios, haya sido abandonado”

El Rosario, tan poderoso para exitar la confianza entre los que lo rezan, goza además de una virtud igual para conmovér, en favor nuestro el corazón de la Santísima Virgen; pues fácil es comprender cuanto ha de complacerla vernos y oírnos tejer esta armoniosa corona de sus alabanzas. Rezando de este modo,

[1] S. Tomás. op. VIII, super salut. angel. n. 8.

damos á Dios la gloria que le es debida, busquemos únicamente el cumplimiento de su voluntad; celebremos su bondad y su munificencia dándole el nombre de Padre, y en nuestra humildad, solicitamos de El los más preciosos dones; todo esto complace sobre manera á María y verdaderamente mediante nuestra piedad, ella *Magnificat Dominum*. Pues nosotros dirigimos á Dios una oración digna de El, al recitar la oración dominical.

Además, á estas oraciones tan hermosas por su objeto y expresión, en las que pedimos beneficios tan conformes á la fé, á la esperanza y á la caridad, se añade para la Santísima Virgen un encanto particularmente grato á su corazón. En nuestra voz distingue, como el acento de Jesús su Hijo, pues esa fórmula de orar es su obra y por su mandato nos servimos de ella: *Sic ergo vos orabit*, y vosotros orareis así. Y al vernos fieles á esta orden de su Hijo rezando el santo Rosario, no dudemos que María llenará con más ternura todavía su ministerio de bondad, y estemos seguros de la acogida sonriente y maternal que hará á nuestras coronas, y de las gracias abundantes con que pagará cada una de las rosas místicas de nuestro Rosario.

El carácter particular de esta devoción, carácter eminentemente propio para ayudar á bien orar, es por sí solo un poderoso motivo para creer que seremos escuchados. La fragilidad del espíritu humano es tal, que la cosa más insignificante basta en el curso de la oración para distraer de Dios y del objeto de sus devociones el pensamiento del que reza. Por esto cualquiera que se penetre de la naturaleza del Rosario, apreciará en seguida como este modo de orar es eficaz para fijar el espíritu, para preservar al alma del embotamiento, y al mismo tiempo para exitar en ella un dolor saludable de sus pecados y enderezarla y elevarla hacia el cielo. Este género de oraciones exige una atención particular que consiste no solamente en una dirección del al-

ma hacia Dios, sino en una meditación contemplativa y activa que hace sea absorbida por el alma la sustancia misma de la piedad y las consideraciones más propias para cambiar de vida. En ella se encuentra efectivamente todo lo que la Religión cristiana tiene de más sustancial y más digno de admiración, las verdades á la luz y al poder de las que el género humano debe el haber visto para su mayor felicidad la verdad, la justicia y la paz empezar á reinar en el mundo.

También es digna de nuestra admiración la manera con que están presentados estos Misterios en el curso del rezo del Rosario, á poco que consideremos que esas verdades tan elevadas se han puesto al alcance de los más sencillos y de los más ignorantes. No son ya dogmas de fé, principios de sabiduría los que se presentan en el Rosario, sino mas bien hechos que los ojos pueden ver y que se gravan en la memoria. Y estos hechos se imprimen tanto más en el alma y la conmueven, cuanto que ella los ve tales como han pasado en realidad, con todas sus circunstancias de tiempo, lugares y personas. Cuando el alma desde la juventud está impregnada de la consideración de estos hechos, basta con enunciar los misterios para que cualquiera que ame un poco la oración recuerde todas sus circunstancias sin ninguna clase de esfuerzo y como por un movimiento natural del entendimiento y del corazón; y el uno y el otro reciben con abundancia el rocío que María hace entonces llover sobre el alma que ora.

Otra razón hace más agradables esas coronas á María y dignas á sus ojos de particular recompensa. Cuando nosotros meditamos en la tercera parte de sus misterios, expresamos más vivamente nuestros sentimientos de amor y de reconocimiento hacia la Santísima Virgen, y nos dolemos de nuestra insuficiencia para corresponder á esos beneficios como lo exige el amor sin medida que Ella ha mostrado en la parte que tomó en nuestra salvación.

Estos grandes recuerdos, á cada instante evocados en su presencia, deben inundar su alma de torrentes de júbilo inexplicable para el lenguaje humano y despertar en ella sentimientos de solicitud y de caridad maternales. Y á nuestra vez sentimos cómo la evocación de esos tan grandes misterios dá á nuestra alma conmovida una fuerza y una energía de oración de que carecía en un principio: cada misterio que se presenta se convierte para ella en un arsenal de argumentos, á los que creemos que la Santísima Virgen no podrá resistir; porque es en efecto, á vuestro lado, ¡oh Santa Madre de Dios, donde venimos á refugiarnos nosotros los desgraciados hijos de Eva, á quien no desechareis! Nosotros os imploramos, ¡oh conciliadora de nuestra salvación, tan poderosa como buena! ¡Por la dulzura de las alegrías que Jesús, vuestro Hijo, os ha dado, por Vuestra misteriosa comunión en sus dolores, por el esplendor de su gloria que os envuelve, nosotros os imploramos con todas nuestras fuerzas! ¡Oh, á pesar de nuestra indignidad, escuchadnos y atendednos!

Esta excelencia del Rosario, Venerables Hermanos, que Nos hemos hecho resaltar bajo sus dos aspectos, os demuestra bastante la razón de Nuestra insistencia en recomendar la práctica y el progreso universal de esta devoción. El socorro del cielo, Nos lo hemos dicho desde el principio, se hace de día en día más indispensable en el siglo en que vivimos. Son numerosas las causas de dolor para la Iglesia, que ve atacar sus derechos y su libertad; numerosas son también las causas de espanto para la sociedad cristiana, amenazada en su paz y prosperidad. Nuestra esperanza de obtener del cielo los auxilios necesarios está entera, Nos los repetimos y proclamamos de nuevo, en el Rosario. ¡Quiera Dios que esta devoción sea restaurada como es Nuestra voluntad! ¡Que en las ciudades y en los pueblos, en las familias como en los talleres, entre los grandes y los humildes,

raleza íntima, más se descubre y brilla á Nuestros ojos la excelencia del Rosario y sus beneficios, y más se fortifica con nuestro deseo de ver al Rosario florecer en todas partes, así como la esperanza de que nuestras exhortaciones tendrán este precioso resultado. Mejor comprendida esta devoción y más conocida y practicada, adquirirá saludables desarrollos.

Sin recordar aquí lo que Nos hemos enseñado en los años precedentes y bajo diversas formas acerca de un asunto que Nos es tan grato, Nos queremos considerar y hacer resaltar la Providencia de Dios en la naturaleza de esta devoción que, exaltando la confianza en las almas que oran, disponga por el hecho mismo el corazón maternal de la Santísima Virgen á responder con una bondad y un socorro dignos de una Madre, á las oraciones que se le dirigen.

La confianza del recurso que nosotros tenemos en María está basada en la grandeza del oficio de Mediadora de la gracia que ejerce continuamente en nuestro favor delante del trono de Dios. Ella es la criatura más agradable á Dios por su dignidad y por sus méritos; y por consecuencia, eminentemente superior en poder á todos los ángeles y á todos los santos. Y este oficio de misericordia no está quizá en ninguna parte mejor expresado como en el Rosario, donde las faces diferentes del sublime papel de la Santísima Virgen en la salvación del género humano se desarrollan con una fuerza de verdad casi dramática, con inmensa ventaja para nuestra piedad, bien sea que el alma contemple esta sucesión de santos Misterios, ó ya la emoción haga vibrar los labios siempre con la misma oración.

En primer término, se presentan los Misterios gozosos. El Hijo Eterno de Dios se inclina hácia los hombres, hecho Hombre. El mismo, con el consentimiento de María, concibiendo del Espíritu Santo, *concupiente de Spiritu Sancto*, Juan entonces es santificado, *sanctificatur*, en el seno maternal, con un privilegio insignie y adornado de gracia de elección para

preparar las vías del Señor: *Ad vias Domini parandas*; y todos estos beneficios se deben á la salutación de María cuando visita á su prima por inspiración del Espíritu divino. Viene por fin á este mundo el Cristo, la esperanza de las naciones, *expectatio gentium*; al rededor de su pobre cuna acuden los pastores y los magos, primicias de la fé, con santo apresuramiento. Encuentran al niño con María su madre: *Infantem inveniunt cum Maria Matre ejus*. Y bien pronto, El, queriendo por una ceremonia pública ofrecerse como Hostia á Dios su Padre, se hace conducir al templo, y allí, por ministerio de su Madre, es ofrecido al Señor: *Sistitur Domino*. Y María, en el Misterio de Jesús, un instante perdido, aparece ansiosa, busca por todas partes á su hijo. ¡Con qué júbilo lo encuentra!

El lenguaje de los Misterios dolorosos es igualmente sublime. En el huerto de Gethsemani, donde Jesús tenía miedo, donde está triste hasta la muerte, y en ese pretorio donde es azotado, coronado de sangrientas espinas y condenado al último suplicio, no se ve á María, pero desde hace mucho tiempo ya conoce y sufre esos dolores. Cuando delante de Dios se inclina como su sierva para levantarse Madre de su Hijo, y cuando ella se consagra toda entera con Jesús en el Templo, en ambas circunstancias se asocia desde luego á la dolorosa expiación de los crímenes del género humano; ¡es, pues imposible no verla participando con toda la fuerza de su alma la agonía infinita de su Hijo y todos sus dolores! Además era en su presencia, ante sus ojos, como debía cumplirse el divino sacrificio cuya víctima había alimentado con su más pura sustancia. Este es el espectáculo más conmovedor de dichos Misterios: *Stabat juxta Crucem Jesu Maria Mater ejus*; de pié, apoyada en la Cruz de Jesús estaba María, su Madre penetrada hácia nosotros de un amor infinito que la hacía ser Madre de todos nosotros, ofreciendo ella misma á su propio Hijo á la justicia de Dios y agonizando con su muerte en

su alma, atravesada por una espada de dolor.

En fin en los Misterios gloriosos que siguen, la función conmovedora de la sublime Virgen queda confirmada con mayor elocuencia todavía. De la gloria de su Hijo vencedor de la muerte, goza María feliz silenciosamente, sus miradas acompañan con la expresión de su amor de Madre á Jesús, que retorna á los cielos. Ella, digna del cielo, permanece sobre la tierra, porque quiere sostener y guiar con su sabiduría á la Iglesia que acaba de nacer: *quae profundissimam diviniae sapientiae ultra quam credi valeat penetravit abyssum* (1).

Sin embargo, el Misterio de la redención de los hombres no quedará perfectamente cumplido sino cuando venga el Espíritu Santo que el Cristo ha prometido; aquí también se presenta María á nuestra admiración en medio del Cenáculo. Allí está rodeada de los Apóstoles rogando por ellos con el indescriptible gemido de su alma, apresurando el advenimiento perfecto del Paráclito, don supremo de Cristo, tesoro y fuente preciosa que jamás se agotará. Cumplido esto, María va dirigiéndose hacia el siglo eterno para abogar por nuestra causa y llenar un ministerio que no cesará jamás. Nosotros la vemos, en efecto, subir de este valle de lágrimas hácia la Jerusalén santa escoltada y llevada por los coros angélicos; Nos la saludamos, sublime de esplendor, en la gloria de los Santos, con la frente resplandeciente por el brillo de la diadema de estrellas que en ella ha depositado su Divino Hijo, al coronarla como Reina de todo el universo.

Estos misterios, Venerables Hermanos, donde se descubre el pensamiento de Dios, pensamiento de sabiduría, pensamiento de misericordia, *Consilium Dei, Consilium sapientiae, Consilium pietatis* (2), donde resplandecen los méritos inmensos de la Virgen María, no pueden

dejar insensible á ninguna alma; tan cierta es la esperanza que ellos dan de obtener por el ministerio de María, el beneficio de la clemencia y de la misericordia divinas.

A los mismos preciosos resultados conduce la oración vocal tan maravillosamente adaptada á los misterios. Comienza desde luego, como es justo, por la Oración Dominical, la súplica á nuestro Padre que está en los cielos. Apenas le hemos invocado en sublimes acentos cuando desde su trono descende nuestra oración y se dirige suplicante hácia María, todo naturalmente en virtud de esta ley de conciliación tan bien formulada por San Bernardino de Sena: *Omnis gratia quae huic saeculo communicatur, triplicem habet processum... Nam á Deo in Christum, á Christo in Virginem, á Virgine in nos ordinatissime dispensatur*. Toda gracia concedida á los hombres llega hasta ellos por tres grados perfectamente ordenados: Dios la comunica á Cristo, de Cristo pasa á la Santísima Virgen, y desde las manos de María descende hasta nosotros. Y por esto en el rezo del Rosario nosotros nos detenemos más voluntariamente, y en cierta manera con mayor satisfacción, en el tercero de estos grados, que tienen cada uno su carácter, ó sea en la salutación angélica repetida por decenas, donde adquirimos fuerza y confianza para subir los otros dos grados, á fin de llegar por Jesucristo á Dios su Padre. Esta misma salutación la repetimos con tanta frecuencia á María, para que nuestra pobre y débil oración se penetre y fortifique de la confianza necesaria, cuando la suplicamos que ruegue á Dios por nosotros en nombre nuestro.

Y qué encanto y qué poder añade á nuestros acentos, á los ojos de Dios, la recomendación de la Santísima Virgen, á quien El mismo invita á hablar en estos términos tan dulces y tiernos: *Sonet vox tua in auribus meis, vox enim tua dulcis* (1). ¡Que tu voz resuene en mis oídos

[1] S. Jeron. de XII PRAEROGATIVIS B. M. V. n. 3.

[2] S. Bernardini. SERM. IN NATIV. B. V. M. n. 6.

(I) Cant. II. 14.